



La Misa del Domingo

Domingo 23 del Tiempo Ordinario.

-9 de septiembre de 2018-

Para comentar el evangelio de hoy partimos de un refrán popular muy sabio, que dice: "No hay peor sordo que el que no quiere oír". Una afirmación que, por dura que parezca, no deja de ser verdadera: muchos cristianos hoy padecemos de sordera ante Dios, y sordera de la peor, la de quien no quiere oír.

Al mismo tiempo este pasaje evangélico es una llamada a acercarnos a Jesús de Nazaret con conciencia de ser, en muchas ocasiones, cristianos sordomudos, por lo que tenemos que pedirle que nos cure; sólo así podrá decirnos 'efettá', 'ábrete'.

Cuántos creyentes necesitamos, como el sordomudo del Evangelio, que Cristo nos coja, nos lleve a un lugar apartado de nuestras mediocridades, de nuestros miedos, de nuestros complejos y, metiendo sus dedos en nuestros oídos y en nuestra lengua, pronuncie esa palabra mágica: 'efettá', 'ábrete'.

¿Y porqué o de qué nos tiene que abrir Jesús los oídos y la boca?

Yo diría que porque nos pasamos la vida oyendo la palabra de Cristo, su mensaje, pero sin lograr que ese mensaje penetre en nosotros, que nos cale interiormente, como la lluvia que cae sobre Goretex y resbala sin empapar el tejido. Hemos pasado de ser cristianos de algodón a ser cristianos de Goretex.

Y cuáles son esos tapones que hacen que nuestros oídos no puedan o no quieran oír. Aquí señalo algunos:

El tapón de la soberbia, que nos imposibilita para adoptar la postura de pequeñez y humildad que Jesús pidió a sus discípulos para acoger y entender su mensaje. ¿Recordamos aquello de: "Si no volvéis a ser como niños..."? Lo cual no quiere decir, evidentemente, que seamos tontos.

El tapón del orgullo y la vanidad, que nos impide seguir a Jesús por el camino de la sencillez, despojados de todo ese plumaje ridículo con que frecuentemente nos adornamos ante los demás. Cuánto nos gusta la actitud del pavo real, sacando a

relucir nuestras plumas, sintiéndonos superiores a otros. Eso que tantas veces decimos de mirar por encima del hombro a los otros; una actitud de arrogancia no exenta de un punto de desprecio.

El tapón del egoísmo; un tapón enorme, tamaño XXL, que nos impide oír lo que Cristo dice sobre el amor al prójimo y el espíritu de servicio que debe caracterizar a sus seguidores. Un tapón, éste del egoísmo, que invade todos los ámbitos de nuestra vida: la familia, el trabajo, los amigos, el ocio,... un tapón que llena nuestro mundo de individualismo. Un individualismo que nos hace fracasar en la convivencia y el amor. Un individualismo que fabrica un mundo de hombres solitarios e insolidarios. Qué familiar es esa frase de “es su problema, allá él”, ¿verdad?

El tapón de la violencia. Y, no con puños, no; sino con esa violencia de nuestras palabras, de nuestras miradas, de nuestros silencios, de nuestras muecas. Qué a punto sacamos constantemente "la espada de la vaina", o lo que es mismo, qué a punto sacamos nuestra lengua para herir, para descalificar, para calumniar, al que no es o piensa como yo. Somos expertos en el arte de la “guerra”.

El tapón de la “pantalla”. Cuántas horas pegados al móvil, a la tablet, a la videoconsola; pantallas por las cuales cerramos la puerta de nuestro tiempo a los otros. Considerando así que no hay mundo más allá de los píxeles. Tampoco así podemos escuchar al que es LA PALABRA.

En fin, tantos y tantos tapones que obstaculizan nuestra audición para recibir el mensaje de Jesús de Nazaret. Es lamentable que tantos hombres y mujeres hoy seamos sordos al mensaje liberador de Cristo. Qué tenaces somos en nuestra ‘sordomudez’.

Ojalá la escucha de este evangelio de hoy nos ponga a tiro de la mirada de Jesús para que nos diga: ‘**efettá**’, ‘**ábrete**’.

Agustín Fernández, sdb